



Novela Hiromi Kawakami, una popular escritora en su Japón natal, se traduce por primera vez en castellano; en 'El cielo es azul, la tierra blanca' relata el reencuentro casual entre dos seres solitarios, un viejo profesor y una ex alumna

# Un muro de aire



Hiromi Kawakami  
**El cielo es azul,  
la tierra blanca**  
Traducción de Marina  
Bomas Montaña

ACANTILADO  
211 PÁGINAS  
18 EUROS

La traducción al  
catalán se publicará  
en noviembre en  
Quaderns Crema

**ROBERT SALADRIGAS**

Cierto día, en una taberna frente a la estación de Tokio, Tsukiko Omachi (la narradora), una mujer de 38 años, se tropieza con el viejo profesor Harutsuna Matsumoto, del que había recibido clases de japonés en el instituto y al que ella llamaba siempre *maestro*. Y advierte: "Puesto que no fue mi tutor ni me entusiasmaban sus clases, no conservaba ningún recuerdo significativo suyo". Con ese reencuentro casual se inicia *El cielo es azul, la tierra blanca*, título extraído de una canción "para ir a esquiar" (el título japonés es *Sensei no kaban*), la primera novela de Hiromi Kawakami (Tokio, 1958), antigua bióloga, que se traduce al castellano.

Volvamos al arranque. Aquel día el maestro y la ex alumna, ahora empleada de una oficina, beben sake y cerveza, y juntos seguirán bebiendo y comiendo sushi, kimchi y demás variedades de la cocina japonesa durante los dos próximos años, casi siempre en tabernas. Suelen hablar de cosas más o menos circunstanciales. Luego cada uno paga lo suyo, se va por su lado y pueden tardar días, semanas e incluso un mes o más en coincidir de nuevo. Nunca usan el teléfono. Lo fian al azar. Y así, por increíble que suene, brota entre ambos una rara atracción en la que los sentimientos hierven debajo de la piel, pero casi nunca se nombran con palabras. "Era como si hubiera un muro invisible entre los dos (...), un muro de aire", dice Tsukiko. Por esta novela Kawakami ganó el premio Junichiro Tanizaki, autor de *El elogio de la sombra*, uno

de los más excelsos libritos que puedan leerse –no me canso de recomendarlo– sobre la delicadeza de los matices en el arte japonés.

Pues bien, como Tanizaki, Kawabata, Nagai, Inoué o Akutagawa, los grandes maestros que han sabido armonizar la tradición poética nipona y la influencia de las narrativas occidentales, la obra de Kawakami, por su armadura y su



Narrado con una prosa exquisita y sensual, el embrujo del amor redimirá a sus protagonistas

refinamiento subliminal, se nutre de esas raíces. *El cielo es azul...* (en la edición española figura el subtítulo de *Una historia de amor*) describe el complejo acoplamiento entre el viejo puritano y decrepito y la mujer desdichada, y lo hace mediante diecisiete episodios sin apenas enlace ni continuidad en los que, no obstante, su cohesión es

tan extraordinaria, tal es el uso que hace de la elipsis y su capacidad de sugerencia, que más que la historia propiamente dicha –de ausencia, amor y muerte– lo que subyuga es la sensual y exquisita ternura que circula por las venas del relato.

Para que se hagan una idea de la sutileza, he aquí una muestra: reconocemos el paso de las estaciones según lo que Tsukiko y Matsumoto comen, si eligen el *tofu* frío o hervido, o si es o no época de recoger marisco. Por otra parte, muy poco sabemos de las vidas de los protagonistas antes de su relación; apenas que el maestro convive con el fantasma de su mujer Sumiyo, que lo abandonó, y de un hijo que "no se parecía a él". Al final averiguaremos que el sempiterno maletín que nunca pierde de vista está vacío. La resistencia de Tsukiko a hablar de su pasado es absoluta. Sólo podemos deducir que está enferma de soledad, porque hasta ahora no había sido capaz de amar, y que en Matsumoto ha descubierto tardíamente el embrujo del amor.

Estamos, pues, ante una narración plagada de sombras de las que nos habló con inolvidable lucidez Tanizaki. Pero en ningún instante se echa en falta una luz cenital. Lo que Hiromi Kawakami cuenta con ajustada medida y una forma cargada de intención –sin rehuir destellos oníricos y un deslizante erotismo– es tan carnal, hermoso y estimulante para el lector, que no exige ser más explícita. Su misterio radica en el extraordinario poder alusivo de la escritura, legado de los grandes artistas de la narrativa japonesa moderna. Sin duda. |

Arriba, calle de  
Tokio en plena  
ebullición;  
debajo, la escritora  
japonesa Hiromi  
Kawakami  
GETTY IMAGES /  
TOMOCHIRO NAITA